

FILOSOFOS DEL SILENCIO

Me contaba Eugenio de Oza que habían sido un día el gran pintor Zuloaga, mi paisano, del enano de las botas que le sirvió de modelo para uno de sus más hermosos cuadros, le decía: «Hubieras visto qué filósofo... ¡no dice nada!» Y esta profunda concepción de la filosofía es muy popular, por lo menos en España. Aquí se le llama filósofo a un hombre taciturno, suponiéndose que un hombre es más sabio por lo que calla que por lo que dice. «Al buen callar llaman Sancho», se dice, y sabido es que Sancho ha sido acaso el más grande filósofo que en España hemos tenido.

«Tace et esto philosophus», escribía Hamann, el Mago del Norte, a Jacobi, el teórico del sentimentalismo. Y él, Hamann, no se callaba, al menos con la pluma. Algo así como la de Carlyle, que embadurnó Dios sobre cuantas cuartillas recomendando el silencio.

Sin duda que puede haber un silencio filosófico, y es el de aquel que cree que lo que habría de decir no importa a nadie o que es mejor no sea conocido. Y hay algo mucho más profundo que declarar que todo es vanidad de vanidades y todo vanidad, y es callarse considerando que también es vanidad el que lo dice y vanidad el decirlo. Si el colmo de la filosofía es el nihilismo, y hay quienes lo creen así, el colmo del nihilismo es no decir nada, ni siquiera que todo es nada; ¿para qué? Tomar algo con filosofía quiere decir, en el sentido corriente y popular, tomarlo con resignación. Y el sumo de la resignación es callarse. El que se queja o dice y proclama que se resigna, no se resigna ya.

Es la filosofía de aquel terrible poema de Alfredo de Vigny «El huerto de las olivas», cuando después de contarnos las congojas del Cristo Jesús añade: «Si es verdad que en el Jardín sagrado de las Escrituras haya dicho el Hijo del Hombre lo que de él allí se cuenta; el mudo, ciego y sordo al grito de las criaturas el Cielo nos dejó como un mundo abortado, el justo ondrá el desdén a la gacencia y no responderá mas que por un frío silencio al silencio eterno de la Divinidad».

et ne répondra plus que par un froid silence
au silence éternel de la Divinité.

¡Y para venir a parar a esto escribí 150 versos! Y en otro no menos terrible poema, hermosísimo también, «La muerte del lobo», acaba diciéndonos: «Gemir, llorar, orar, es igualmente cobarda. Cumple enérgicamente su larga y pesada tarea en el camino a que la muerte quiso llamarte, y después, como yo, sufrir y muere sin hablar!»

Si morir sin hablar es fácil; ¿pero vivir? «Alar por no callar», se dice. Y hay quien habla, en efecto, por no sufrir callándose, por darse a sí mismo y darse de este modo cuenta de que existe. Dígan que es frecuente que cuando uno va de noche por un camino solitario, y va lleno de miedo, va cantando. ¿Para ahuyentar a otros? ¡No! Ese el mejor medio para atraerlos, sobre todo si son ladrones. Va cantando para oírse y convencerse de que no está solo, que va otro con él, de que está consigo mismo. Es un modo de desdoblarse y de prevenirse así. Y hombre prevenido volve

por dos. Es como decir a los invisibles enemigos que pudieran acometerle: «Ved que no estoy tan solo. ¡Ved que soy dueño de mí!»

Un sujeto muy observador y que se pasaba largas horas en una especie de garita de observación que había en una huerta suya, y que iba a un camino muy solitario, me decía que muchas de las personas que pasaban a solas por aquel camino iban gesticulando y hablando consigo mismas. Y es que iban huyendo de perder la conciencia de sí, que es el terrible abismo de la soledad. Y no me cabe duda de que los cartujos han de estar hablando consigo mismos en sus celdas o recitando en voz alta sus oraciones. Como que a Dios le necesitamos principalmente como oyente, no tanto para que nos hable como para que nos oiga. *Domine, exaudi nos!* El cielo no es para nosotros una gran boca, sino una gran oreja, el inmenso pabellón azul de un oído que recoge todas nuestras quejas.

El mas tremendo filósofo sería aquel que se callase hasta a sí mismo, que fuera silencioso para consigo propio. Lo cual es una reducción al absurdo y equivale a decir que el colmo de la filosofía es no filosofar. Y acaso sea así.

En aquel libro extraordinario que el gitano Jorge Borrow, tan conocedor de España, escribió y se titula *Lavengro*, y en donde tan curiosas cosas se nos cuenta de los gitanos de Inglaterra, hay una interesante conversación que él, Borrow, mantuvo con el editor de una revista londinense en que colaboraba. El editor le decía:

«Señor: admiro vuestro estilo de escribir y vuestra manera de pensar, y quedo muy obligado a mi buen amigo y corresponsal por enviarme algunas de vuestras producciones. Las inserté todas, y habría deseado que fueran más. ¡Muy originales, señor! enteramente originales! Llegaron al público, sobre todo el ensayo acerca de la no existencia de todo. No estoy del todo conforme con usted, sin embargo; tengo mis ideas propias sobre esa materia, como usted sabrá, por supuesto, gracias al libro que he publicado. Sin embargo, es un excelente trozo de filosofía especulativa; no hay materia; imposible que la haya... *ecce nihilo*... ¿Cómo es en griego? Lo he olvidado. ¡Muy bien! ¡Muy original!»

«Me temo, señor, que hice mal en escribir semejante bagatela, y más aun en permitir que se publicase...»

«¿Bagatela? ¡Nada de eso! ¡Un gran trozo de filosofía especulativa! Por supuesto, estaba usted equivocado al decir que no hay mundo. El mundo tiene que existir para tener la forma de una pera; y que el mundo tiene la figura de una pera y no la de una manzana, como dicen los majaderos de Oxford, lo he probado satisfactoriamente en mi libro. Y ahora, si no hubiera mundo, ¿qué sería de mi sistema?»

De paso bueno será decir que eso de si la Tierra tiene figura de pera o de manzana bien merece el que sólo para ello haya mundo. Primero se nos dijo que la forma del planeta que nos ha tocado en alojamiento es la de una naranja, una esfera achatada por los polos; después se nos añadió que el plano seccional del Ecuador no es circular, sino elíptico, y luego se ha agregado que la bola terráquea tiende ligeramente al tetraedro. Nada de extraño es, pues, que acabe en una



para o en un buque—esto será más simbólico—, y para ello bien vale que exista el mundo.

Pero la doctrina del nihilismo especulativo de Barrow, doctrina que le recibió de un viejo estano, no es la más radical, esto es, la más filosófica que cabe. Más filosófica aun que el nihilismo especulativo es el nihilismo práctico. Aquél consiste en enseñar que no existe nada, que todo es ilusión; éste en no enseñar nada, ni decir nada, ni afirmar nada. Decir que la vida es sueño, aunque sea estando, es bien pobre cosa junto a decir

sin enseñar nada, ni siquiera la vida. Y el que se duerme así, el que de veras calla, es el de verdad filósofo.

Formando parte de la Junta municipal administrativa he aprendido que en las sesiones de los Municipios la proposición más radical tiene prioridad en la discusión. Así, pues, debería discutirse el no enseñar nada, antes que el enseñar la nada; pero aquella la más radical proposición metafísica que cabe es indiscutible. Como que ni es proposición. Es más que la previa duda metódica cartesiana; es el previo y tacito «no ha lugar a deliberar». Es, sin duda, la excelsa cumbre de la sabiduría: saber no saber, y ni saber siquiera. Primero, que no hay nada; después, que no se sabe nada, ni si no hay nada, y por fin, no decir ni enseñar nada, ni que no se sabe que no hay nada, siquiera. Ya no cabe más allá. ¡El «non plus ultra» de la filosofía!

Y entre nosotros florece que es una bendición de Dios el nihilismo práctico, el verdadero y genuino nihilismo, no el otro, no el de chancitas y mentarijillas; no el de enseñar la nada de todo o el de echar bombas, sino el de no enseñar nada, ni echar nada. Es decir, el hiperfilosófico. Porque aun cuando se habla mucho, no se dice nada.

El admirable enano botero de Segovia—Gregorio de nombre—, lo mismo que su ilustre precursor en filosofía el Bobo de Coria—y sabido es que España es la patria de los precursores filosóficos, ya de Descartes, ya de Hegel, ya de Kant—no han muerto. Siguen viviendo en los lienzos de Velázquez y de Zuloaga lo mismo que vivieron cuando se les creía vivos, y siguen haciendo lo que entonces hacían: filosofar; es decir, no decir nada. Y de ellos cabe afirmar, aun más que de otros, que los inmortalizó el arte. En sus cuadros dicen, y con más fuerza aun, lo que decían con su silencio cuando vivieron; dicen: «Aquí estoy», y diciendo como lo dicen un árbol o un peñasco. No «pienso, luego soy» fruto de la duda, sino «aquí estoy». Y allí están. Están, no piensan, ¿para qué? Y es a lo que todos aquí aspiramos: a estar y a que nos dejen en paz de estancia, sin obligarnos a pensar, a pronunciarnos.

Por donde se ve que nuestra más castiza filosofía, la estadiza, no la pegadiza, está en nuestra pintura, y que el gran historiador de ella es Velázquez, supremo fundador de la filosofía española, que es, ante todo, silenciosa pintura, y pintura realista. Y es porque aquí son las cosas y no los hombres, o, a lo sumo, éstos en cuanto cosas, y no en cuanto hombres, como quienes están y no como quienes piensan, los que hablan. Es la filosofía del silencio pintado, la más radical, la radicalmente nihilista, la hiperfilosofía que se resuelve, ¡claro está!, en afilosofía; la que consiste, no en enseñar que todo es nada o que nada se sabe—esto lo hizo un filósofo, Sánchez, precursor, ¡claro está!, de Descartes—, sino en no enseñar nada del todo. ¡El colmo de la filosofía, su reducción al absurdo, la gran escuela del Bobo de Coria, más radical que la de Sánchez!

«Hubieras visto qué filósofo... ¡No dice nada!»

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

CREDOS USALES